

K. Rosset ()

2

CARTA

AL

PUEBLO MEXICANO

SOBRE

LA VERDADERA CONSPIRACION DEL MOMENTO.

DEDICASE

A LOS SEÑ. PERIODISTAS DE LA REPUBLICA Y DEMAS ESCRITORES QUE SE OCUPAN DE
COMBATIR EL RESTABLECIMIENTO DE LOS JESUITAS,

PARTICULARMENTE AL AUTOR

DE LAS

CUATRO PALABRETTAS.



MEXICO.

IMPRESO POR J. M. LARA, CALLE DE LA PALMA NUM. 4.

1841.

CAHIA

REPUBLICA MEXICANA



La presente carta está traducida del francés, y tomada de las que con el propio título dirigió á ese pueblo el año de 1827 Mr. Rosset; y atendiendo á la identidad de circunstancias en que hoy se halla esta misma cuestion entre nosotros, nos hemos tomado la libertad de acomodarla al nuestro, con algunas ligeras variaciones y notas, que nos han parecido convenientes. Advertimos esto, porque no queremos adornarnos como el grajo con las plumas de las valientes águilas, que en la ilustrada Francia se ocupan en defender y vindicar el honor y buen nombre de la Compañía de Jesus.—*Los EE.*



Tous les gens de bien ne sont pas encore les amis des jésuites; mais tous les adversaires de l'ordre public sont leurs ennemis, et rien n'est plus glorieux pour eux.

No todos los hombres de bien son amigos de los jesuitas; pero sí son sus enemigos todos los que lo son del orden público, y nada les es más glorioso.—Enrique de Bonald.

PUEBLO mexicano, nación grande y generosa, no menos que sensible y justa! Dos acusaciones contrarias llaman hoy vuestra atención: según unos, se forjan por todas partes las cadenas de vuestra esclavitud; según otros, nosotros tocamos en nuevas revoluciones. Se nos muestra por una parte conspirando á la sombra de los altares, bajo el pretexto del restablecimiento de los jesuitas, en la destrucción de las libertades públicas; y por otra, la facción liberal se señala en esta lid, fomentando con una osadía que toca en sacrilegio, el retorno de la anarquía y de las calamidades, que no han dejado de sucederse por veinte años, inundando de sangre cada vez más á nuestra triste patria. ¿Qué debe pensarse de estas dos acusaciones diametralmente opuestas? ¿Debemos temer el despotismo y aristocracia, que se atribu-

yen á la Compañía; ó los estragos y demás tristes consecuencias de la revolucion? Estas cuestiones merecen sin duda ser examinadas; y es su exámen, mexicanos, el que vamos á emprender. Ocupense en horabuena los encarnizados enemigos de este órden religioso de hacinar cuantas calumnias, falsédades é injurias han llovido sobre él desde su nacimiento: y sus adictos en refutarlos sólida y victoriosamente; nosotros entre tanto separándonos con cuidado de funestas preocupaciones, solo buscaremos la verdad; razonaremos sobre hechos incontestables; y dejaremos á los hombres sensatos, religiosos é instruidos, sacar las consecuencias, que naturalmente deben deducirse, discurriendo de buena fé, y separándose del reprobado espíritu de partido.

Los jesuitas fueron constantemente el espanto y terror de los novadores, de los sectarios y de todos los revolucionarios, que desde su establecimiento han aparecido en el mundo. Nacidos, por decirlo así, con la llamada *reforma*, ellos detuvieron sus funestos progresos; invariablemente adheridos á la santa Sede; ellos defendieron con valor sus augustas prerogativas. Sabios maestros de la juventud, ellos prepararon y formaron para la sociedad una inmensa multitud de ciudadanos virtuosos y de súbditos fieles.

El atractivo de sus modales, las gracias de su language, la amabilidad de sus virtudes, sus grandes talentos y un espíritu bien regulado de corporacion, conciliaron á este órden célebre la justa veneracion del universo. Mientras ellos producian el bello siglo de Luis XIV, sus misioneros cultivaban la América (1), y llevaban la civilizacion europea á los bordes del Orinoco y á las vastas regiones del Asia. Cuando los

(1) Los jesuitas, ha dicho un escritor, son los mismos en todas partes. Esto es una verdad que comprueba la historia de todas las provincias de la Compañía; y si la francesa hizo tantos servicios á su nacion, la mexicana no le fué inferior en beneficio nuestro. Hablen, si no, los magníficos colegios en que se educaba nuestra juventud, la instruccion que difundieron, los socorros que prestaron en las pestes, hambres y calamidades publicas, las misiones con que conservaban la moral de los pueblos, la... mas todo esto lo hicieron en Francia; en nuestro pais civilizaron además á la Taramara, Sinaloa, Sonora, el Nayarit, y antigua California, cuyas misiones no fueron inferiores á las de la China, Canadá, Paraguay y Marañon, que merecieron los elogios de un Buffon, de un Haller, de un Muratori, de un Montesquieu, de un Ulloa, á quienes ningunos tacharán de fanáticos, de crédulos y preocupados.

hombres perversos osaron proclamar las desoladoras doctrinas de la filosofía moderna, estos valerosos campeones se presentaron sobre la brecha, y defendieron en presencia de la Europa el orden social que se minaba por todas partes.

Ostigados por tan nobles adversarios, abatidos por el esplendor de su incomparable celebridad (1), los filósofos temblaron de rabia, y juraron por todas las potencias infernales, la destrucción de esta inmortal falange. Los novadores comprendieron, que sin la ruina de esta ilustre corporación, jamás podrían alcanzar el objeto de sus detestables complots; y fieles á los infames consejos del feroz Calvino, intentaron por medio de las calumnias la pérdida de los jesuitas. Ellos resucitaron antiguas acusaciones mil veces refutadas; atribuyeron á todo el cuerpo la doctrina de algunos individuos; prodigaron las adoraciones á ministros orgullosos, de que se burlaban en sus conciliábulos; introdujeron á los iniciados en sus máximas, en medio de las cortes, y por sus intrigas poblaron de sus discípulos el santuario de la justicia y de las leyes; embriagaron con páfidas adulaciones á los grandes; lisonjearon á la multitud exagerando sus derechos; en fin, estos malvados desencadenaron todas las pasiones, y bien pronto la voz de la verdad se halló sofocada por las vociferaciones de la Europa arrebatada de delirio.

En vano el clero levantó el grito en defensa de los acusados, el poder resistió por algun tiempo, é inútilmente el Papa permaneció inalterable. Los novadores no decayeron de ánimo, ántes redoblaron su furor y destreza: los libros impíos aumentaron diariamente el número de sus partidarios, el fanatismo se apoderó pronto de todas las imaginaciones ardientes; multitud de hombres de bien, estraños aun al idioma de las revoluciones, se dejaron dominar por una furibunda secta; se dió crédito á la justicia de la acusación, ó al menos la inocencia de los jesuitas se hizo problemática. La masa de los hombres sin carácter, de esos individuos sin opinion, que yo llamaria *los hombres de la medianía*, esta masa tan numerosa en todos los países de la tierra, no podia creer en una inocencia, que condenaban imponentes y multiplicadas voces. Ellos tomaron en consecuencia, co-

(1) Dígalo la severa crítica que hicieron de la Enciclopedia, hasta descubrir en ella dos mil errores literarios, en las famosas memorias de Trevoux.

mo sucede siempre, el lenguaje del ódio y de la pasión por el de la justicia y de la verdad. En una palabra, los príncipes se dejaron sorprender, los parlamentos pronunciaron la fatal sentencia, y el mismo Papa por un acto de condescendencia, que estimó justo en vista de las reiteradas instancias, y aun amenazas de los gabinetes, consumó la destrucción de esta venerable sociedad.

Pero los jesuitas, gritan *los hombres de la medianía*, han alborotado el mundo; de tres siglos acá su nombre se halla en todas las querellas; ellos han tenido por enemigos á todos los reyes de la Europa; han sido muchas veces perseguidos y proscritos; es necesario, pues, que no estuviesen exentos del todo de tachas reprehensibles.

No se puede negar que ellos han tomado parte en todas las cuestiones teológicas. Cuando los luteranos y calvinistas han trastornado la tierra, los jesuitas se han levantado en masa para combatir á estos atrevidos novadores; cuando los jansenistas han venido á desolar el cristianismo con su doctrina feroz y desnaturalizada, los jesuitas han saltado á la arena; y cuando los filósofos han parecido, brindando en medio de las naciones la copa de la mentira ó incredulidad, los jesuitas, como atletas infatigables, han corrido á nuevos combates, y su brio ha difundido el espanto en el campo de estos pretendidos amigos de la humanidad.

Ellos han tomado parte en todas las cuestiones teológicas, es cierto; pero ¿era para atacar y destruir la verdad, ó para defenderla? Ellos han combatido valientemente y con frecuencia, pero siempre por el interés de la religion y la bondad de las costumbres; en esto solo han cumplido su deber. No son, pues, los jesuitas los que han innovado; al contrario, ellos han reducido á polvo todas las innovaciones: que se nos muestre la heregía que ellos han formado, el cisma que han introducido, los ataques que han dado á la antigua creencia. Los jesuitas sin duda han combatido frecuentemente, mas siempre en favor de la buena causa; por tal motivo la impiedad los teme y arroja terribles rugidos á la sola idea de su resurrección (1).

(1) Traslado á lo que pasa actualmente en México. Apenas se promovió el restablecimiento de la Compañía, cuando se han enfurecido hombres bien conocidos. A falta de razones han ocurrido á resucitar antiguas rencillas, y para corromper la opinión han recordado lo ocurrido en Puebla hace doscientos años entre su obispo D.

Mas los parlamentos los han condenado, los gobiernos los han proscrito, el mismo Papa ha pronunciado su disolucion; es necesario por tanto que ellos fuesen culpables.

Los parlamentos los han condenado, es cierto; pero ¿fué esta condenacion conforme á los principios de la justicia y de la equidad? ¿Mas la pasion no tuvo lugar en estos formidables decretos? ¿La magistratura francesa procedió con unanimidad? ¿La causa de los oprimidos no contó numerosos defensores en todos los parlamentos? ¿En muchos la mayoria no fué solamente de algunos votos; en otras no estuvo por los perseguidos; no resistió con todo su poder prestando un homenaje solemne á su inocencia? Por otra parte, ¿los que pronunciaron la sentencia no excedieron evidentemente la órbita de sus atribuciones? ¿Estos jueces *proscriptores* no eran los unos declarados impíos; los otros, tenaces jansenistas; estos, hombres cohechados; aquellos, seducidos, engañados, estraviados; y á quienes la correspondencia de los filósofos, publicada despues, les probó haber obrado como *altos ejecutores de la filosofia*, y que han expiado su error con amargas lágrimas, profundo arrepentimiento, y aun algunos con una heroica muerte? Nada debe admirar que una mayoria compuesta de tales jueces haya suprimido una corporacion que les era tan temible. Siendo conocidos enemigos de los jesuitas, ¿debieron fallar como jueces? ¿Los liberales consentirian en parecer ante un tribunal compuesto de magistrados que mirasen como sus implacables enemigos? Y si forzados á presentarse á este Areópago, fuesen condenados sin ser oi-

Juan de Palafox y los jesuitas. No es mi ánimo vindicar á estos de una acusacion de que en la actualidad se ocupan sus defensores; pero permítaseme esta sencilla reflexion. Si los testimonios, segun se dice, deben tener en este asunto la mayor autoridad, ¿qué juicio debemos formar del que se nos ha presentado? Los santos todos que han existido desde el siglo XVI á la fecha, como Pio V, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Tomás de Villanueva, Felipe Neri, Teresa de Jesus, Magdalena de Pazzi, &c., &c., &c., han alabado el instituto de la Compañía, han amado á sus hijos como á sus mejores amigos, han solicitado sus aumentos, deseado su estabilidad y propagacion por todo el mundo: las mismas intenciones han sido las de los mayores hombres, así eclesiásticos como seculares, en virtudes, letras, política y representacion, que han figurado en el mundo durante todo este largo tiempo. A vista de tantos testimonios, ¿qué debemos pensar del que condena lo que todos alaban, mira como enemigos á los que todos tienen en su corazon, y solicita acabar con lo que todos aplican se perpetúe y eternice?

dos, ¿no dirían, con razón, que semejante sentencia era el cúmulo de la iniquidad? Y sobre todo si se les proscribiese, imputándoles contra toda verosimilitud contradictorias opiniones, ¿no se quejarían con justicia de la prevaricación de sus jueces (1)?

No se puede argumentar sobre el decreto de los parlamentos, porque la mayoría de los que juzgaron se jactaba públicamente de su odio á los jesuitas (2), profesaba en gran parte las doctrinas del error ó de la impiedad, y por consiguiente se constituyó juez y parte en su propia causa.

Ademas, no se trata aquí de saber si los jesuitas fueron condenados, sino si lo fueron con justicia; ahora bien, los motivos de su proscripción nada tienen de preciso: la sentencia no descansa sino sobre alegaciones vagas y contradictorias. Se citan las obras de algunos jesuitas refutadas por otros del mismo cuerpo; se aíslan los pasajes de un libro inocente en sí mismo; se renuevan acusaciones que nadie ha justificado; se apoyan sobre vanos rumores, desmentidos por los autores contemporáneos mas verídicos; no se escucha á algun testigo; no se examina algun hecho; textos truncados ó alterados, mentiras, calumnias; véanse los títulos perentorios que han servido de base á unos decretos á que no se tiene vergüenza de apelar en el día.

El decreto del parlamento de Paris es sobre todo marcado con todas las señales de una ciega pasión: se pinta á los jesuitas como profesan-

(1) Una pregunta, señores *liberales mexicanos*. Si cuando se trató de declarar á los primeros jefes de la independencia héroes de la patria, de colocar sus nombres en el santuario de las leyes, de honrar sus cenizas depositándolas en un lugar digno y decoroso, hubiera habido un imprudente, que para oponerse á tan debidas recompensas, hubiese reproducido el informe apasionado que dió el consulado, las causas formadas por los Batalleros, lo que sobre su conducta escribieron los Cancecladas y otros periodistas, ¿no habiérais reprobado tan irregulares procedimientos? Y si lo que se dijo de los caudillos del año de 10 se hubiese reprochado al Sr. Iturbide, que consumió su obra, ¿no habría sido el estremo de la injusticia, lo último del ridículo? Pues aquí pasa lo mismo, sin otra diferencia sino que los jesuitas fueron mas inocentes, sus acusadores y jueces mas iníquos é inconsecuentes.

(2) Lo que se dice aquí de los parlamentos se puede aplicar con mayor razón á las cortes de Portugal, Nápoles y España, cuyos ministros obraron por los mismos principios, y ni siquiera salvaron las apariencias de justicia con alguna forma de juicio, sino que se acogieron al misterio de la alta razón de estado y á causas reservadas en los reales pechos.

do á la vez el calvinismo, el deísmo y el ateísmo (1); pero qué ¿se puede creer al mismo tiempo en la existencia de Dios y en la nada? Era necesario que la inocencia de los jesuitas fuese bien incontestable, para recurrir con el fin de perderlos á las absurdas calumnias que se refutan tan victoriosamente las unas por las otras. El decreto del parlamento nada significa, y hoy ni tiene ni puede tener algun valor.

Pero, se replica, los gobiernos los han proscrito, y el Papa mismo los ha suprimido. Los reyes rodeados de consejeros de poca prevision ó pérfidos, se dejaron amedrentar por vanos terrores; además, la mayor parte de ellos han reconocido solemnemente su fatal imprudencia, y se han empeñado en devolver á sus reinos á estos ilustres espulsos (2). El breve de supresion dado por Ganganelli no merece alguna consideracion, pues que fué arrancado por la violencia; y por otra parte ha sido formalmente contradicho por los antecesores de este desafortunado pontífice, y por los que le han sucedido en el pontificado (3).

(1) Nuestros lectores se admirarán de ver tratados como hereges á los jesuitas; pero este absurdo se ha repetido ahora entre nosotros por el *Cosmopolita*, que ha dicho que estos tienen derecho á establecerse en los Estados-Unidos y donde quiera que haya tolerancia de cultos; pero no en México en que la organizacion social es contraria; es decir, donde por la constitucion solo se profesa la religion católica: ¿qué mas claro se pudiera decir que los jesuitas no la profesan, sino que pertenecen á algunas de las sectas? ¿Y luego se les acusará de nimia adhesion á la Santa Sede!

(2) Los jesuitas fueron espulsados por Carlos III, oyendo en el particular á su consejo y ministros, y tambien fueron restablecidos con las mismas formalidades por Fernando VII. ¿La rehabilitacion de la Compañia por jueces de igual calidad, no prueba su inocencia? ¿Gozaron los primeros de la infalibilidad de que carecieron los segundos? Si la destruccion de este cuerpo causó tantos bienes en 1767, ¿por qué privarse de ellos y atraerse tantos males en 1815?

(3) Igual era la autoridad de Clemente XIV para suprimir á la Compañia de Jesus, que la de su antecesor Clemente XIII para conservarla, y la de su sucesor Pio VII para restablecerla. Pues se cita la autoridad del primero, véamos lo que dicen los segundos.

El año de 1764 dice el Sr. Clemente XIII: „Para asegurar el estado de los círculos regulares de la Compañia de Jesus, que nos demandan justicia, y para darle una consistencia mas firme por el peso de nuestra autoridad; para prestarles algun alivio á sus penas en el grande desastre que los aflige; en fin, para deferir á los justos votos de nuestros venerables hermanos los obispos de todas las partes del

Los jesuitas tuvieron, es cierto, constantes y numerosos enemigos; ellos merecieron la odiosidad de los protestantes, de los jansenistas y filósofos; y los novadores de todos los tiempos y países los han calumniado sin cesar. ¿Debe admirarnos que los impíos de nuestros días prosigan con encarnizamiento la guerra emprendida contra ellos por el genio del mal, al instante mismo de su gloriosa aparición?

Mas en fin, todo lo que se les imputa ¿no serán en efecto sino imposturas y calumnias? Se les acusa de ambicion, ¿no estarán exentos del todo de ella (1)? Si los jesuitas son ambiciosos, debe convenirse ciertamente que su ambicion es bien estraña. Su primer voto es renunciar las dignidades eclesiásticas, y la historia nos prueba que ellos han cumplido fielmente esta promesa no pretendiéndolas nunca, y no admitiéndolas sino interviniendo espreso mandato de su santidad; nosotros no hemos visto, en efecto, que hayan engrosado mucho la lista de los obispos y de los cardenales (2). Si ellos han parecido en los

„mundo católico, que en las cartas que nos han dirigido hacen los mayores elogios „de esta Compañía, de que nos aseguran que sacan muy grandes servicios cada „uno en su diócesis: de *proprio-moto* y ciencia cierta, usando de la plenitud del po- „der apostólico, marchando sobre las huellas de todos nuestros predecesores; por „nuestra presente constitucion, que debe valer perpetuamente, decimos y declara- „mos en la misma forma y manera que ellos han dicho y declarado, que el institu- „to de la Compañía de Jesus respira al mas alto grado la piedad y santidad, sea en „el fin principal que tiene continuamente por mira, y que no es otro que la defen- „sa y la propagacion de la religion católica, sea en los medios que emplea para lle- „gar á este fin.... A ejemplo de nuestros predecesores, nosotros aprobamos este „mismo instituto, que la Providencia divina ha suscitado para obrar tan grandes „cosas, y nosotros confirmamos por nuestra autoridad apostólica las aprobaciones „que ellos le han dado....” Pio VII en 1814 despues de muchas alabanzas á la Compañía de Jesus y haber manifestado bastante claro los motivos de su extincion, los grandes bienes que deben esperarse de su restablecimiento, y *los votos unánimes de casi todo el universo cristiano por él*, restableció la Compañía, derogando el breve de Clemente XIV.

(1) „La pretendida ambicion de los jesuitas no era sino un estremado celo.” Así se espresa Chateaubriand, y esclama con Montesquieu: *¿Siempre será una pre- tension muy bella, la de gobernar á los hombres haciéndolos venturosos!*

(2) Efectivamente, mas son los individuos que han trocado las púrpuras y mu- cetas por la humilde sotana de la Compañía, que los que han salido de ella á go- bernar iglesias, ó formar el sacro colegio. Hoy edifica al pueblo católico el emi-

palacios ¿debe sorprender esto? La culpa, si hay alguna, ¿es suya, ó de quien los ha llamado? Siendo estimados de los grandes y de los príncipes, ¿debieron resistir á sus urgentes sollicitaciones (1)? Si los jesuitas tuvieron en otro tiempo una grande influencia, fué solamente el resultado necesario de la justa confianza que inspiraron su genio y sus virtudes. Con su incontestable mérito ellos pudieron sin duda aspirar á las primeras dignidades de la Iglesia, dar numerosos sugetos al colegio de cardenales, y tambien, como otras muchas corporaciones religiosas, pontífices á la cátedra de San Pedro; pero á pesar del ascendiente que los jesuitas disfrutaron, no han hecho nada de esto. Ellos no son, pues, ambiciosos, ni han buscado sus intereses propios, sino solamente los de la religion y felicidad pública.

nentísima Odescalchi, que renunciando las primeras dignidades, solo es un padre jesuita; mas no es nuevo este desprendimiento, y basta recordar entre otros al ilustrísimo Cárlos de Lorena, que obró del mismo modo. Este orden religioso ha contado desde su cuna los hombres de mas nobleza y representacion en el siglo, y apenas hay provincia en que no se hayan visto estos portentos de la gracia. Si son muchos los Borjas, Gonzagas, Kostkas, Pignatellis, Aquavivas, Pimenteles y Castañizas. ¡Raro fenómeno! Los jesuitas son tachados de ambiciosos al mismo tiempo que renuncian la nobleza, las riquezas y honores, objetos que todos ambicionan, por abrazarse con la Cruz en la religion, y en una religion que siempre ha sido el blanco de la maledicencia y persecucion de los mundanos, profesa los oficios mas abatidos, los ministerios mas penosos y las mayores privaciones.

(1) Mucho se ha declamado contra los jesuitas confesores de los reyes y príncipes, atribuyendo á ambicion, lo que solo era efecto de compromisos que no podian evitar. Si los enemigos de la Compañía, obrando de buena fe, antes de hacer las acusaciones hubiesen consultado sus constituciones é historia, habrian visto las restricciones que el instituto pone á esta clase de empleos, y el empeño con que siempre han procurado excusarse de esta honrosa carga. Basta recordar, que al principio de su fundacion y cuando mas necesitaban del poder de los reyes para cimentar su cuerpo, supieron separar á un Edmundo Aager del lado de Enrique III, rey de Francia y á Luis Gonzalez de Cámara del de Juan III que lo fué de Portugal. El crítico Lesage que no perdonó la administracion del conde duque de Olivares; ¿no elogió á su confesor el padre Francisco Aguado? ¿No fué público en México, el desprendimiento y dignidad con que se manejó con el virey á quien confesaba, el padre Antonio Núñez de Miranda? Los jesuitas amaron mas, á ejemplo de su divino capitan, *evangelizar á los pobres*, que morar en las casas de los ricos; y si se recorren los nombres de sus mas célebres varones, se hallarán mas contagiados en las chozas y hospitales, que formando la lista de los confesores y directores de los príncipes y magnates.

Ellos han enseñado el *regicidio*, nos repiten los liberales, que se muestran cuando les conviene, ciegos apasionados de la monarquía; mas se afecta olvidar, que esta doctrina abominable fué solemnemente rechazada en un todo por el cuerpo entero de la Compañía; pero se finge desconocer, que aun los partidarios de esta misma doctrina no la enseñaron sino con infinitas restricciones, y no hablaron sino del *tirano de usurpacion*, las cosas que se les hace decir del legítimo soberano (1). Lo mismo pasa relativamente en los otros principios que les atribuye la impiedad; si algunos escritores de esta corporacion han avanzado proposiciones peligrosas, máximas de una moral relajada, aforismos equívocos y mal sonantes, estos temerarios autores han encontrado nobles adversarios en su propio cuerpo, y todos se han sometido humildemente á la autoridad que los condenaba. Se sabe que Pascal ha tomado en un jesuita el fondo de sus *cartas provinciales*, que el mismo Voltaire ha desaprobado (2).

(1) En las monarquías acusan los jacobinos á los jesuitas de fautores del gobierno republicano, afirmando obran así en virtud de su instituto; y los mismos los muestran á las repúblicas como los mas ardientes propagadores del sistema monárquico: ¿puede darse mas contradictoria inconsecuencia? Mas ya nos esplicó esta conducta el Espíritu Santo, *Iniquitas mentita est sibi*.

(2) Oigamos al patriarca de la impiedad en su *correspondencia*.

„Durante los siete años, dice, que he vivido en el colegio de los jesuitas, ¿qué
„he visto en ellos? La vida mas laboriosa, la mas frugal y arreglada, todas sus ho-
„ras distribuidas entre las atenciones de nosotros y los ejercicios del cuidado, su
„proteccion austera. Yo atestiguo con millares de hombres educados como yo.
„Por esto no ceso de admirarme, como se les puede acusar de enseñar una moral
„corrompida. Ellos han tenido, como los otros religiosos, en los tiempos de tene-
„blas *casuistas* que han tratado el pró y la contra de las cuestiones hoy dia escla-
„recidas ó puestas en olvido; pero, hablando de buena fe, ¿por la sátira de las
„*cartas provinciales*, debe juzgarse de su moral? No, seguramente por el padre
„Bourdaloue, por el padre Chemindis, sino por sus otros predicadores, por sus mi-
„sioneros. Que se pongan en paralelo las *cartas provinciales* y los sermones del pa-
„dre Bourdaloue; se aprenderá en las primeras, el arte de burlarse, el de presentar
„las cosas indiferentes bajo aspectos criminales, el de insultar con elocuencia. Se
„aprenderá con el padre Bourdaloue á ser severo para consigo mismo é indulgen-
„te para con los demas. Yo pregunto ahora, ¿de parte de quién está la verdadera
„moral, y cuál de estos dos libros es mas útil á los hombres? Yo me avanzo á de-
„cirlo; nada hay mas contrario, mas inicuo, mas vergonzoso para la humanidad,
„que acusar de moral relajada á unos hombres que observan en Europa la vida

No aseguramos que todos los jesuitas sin excepcion, han profesado principios y máximas igualmente verdaderos y ortodoxas; pero decimos, sin temor de ser desmentidos, que el número de estos escritores reprobables no es nada, absolutamente nada, si se compara con los miembros de otras corporaciones, que han dado el mismo escándalo. ¿Los liberales pretenden que los jesuitas no debieron jamas tener faltas? ¿No ofenden el sentido comun exigiendo en sus enemigos una perfeccion que no se da en la naturaleza? ¿De quando acá será permitido hacer responsable á un cuerpo del error ó crimen de algunos de sus miembros? Cuando estos han sido desechados por la mayoría del cuerpo, y sobre todo, por las declaraciones del órden, espresándose á nombre de la Compañía, ¿se tiene derecho de exigirle mas? ¿Deberá destruirse una corporacion, porque todos los individuos que la componen no son impecables? ¿Se abolirá la magistratura porque produzca algunas veces juoces prevaricadores? Porque Robespierre y Danton eran abogados, ¿deberá ser aniquilado este órden? Porque Marat ejercia la medicina, ¿será necesario desterrar á todos los médicos del reino? A la verdad, cuando ciertas gentes hablan de los jesuitas parece que bambolea su cabeza. Se consigue refutar sus sofismas, desenmascarar su hipocresía, probar la inocencia de los acusados; sin embargo, no por esto dejan ellos de gritar: *Crucifige, crucifigalos*. Sin duda debería contestárseles con el silencio del desprecio, si sus ridículas declamaciones no encontrasen fieles écos en medio de estos hombres profundamente irreflexivos, que de muy buena fe juzgan sin examinar y sentencian sin oír. En todos los paises del mundo la multitud de incautos es inmensa; nosotros diremos, pues, á estos hombres crédulos, que es menester usar sinceridad en las acusaciones y quejas. Se grita que los jesuitas son los enemigos de la religion; ¿pero cómo es que todos los enemigos de esta y todos los impíos los aborrecen? ¿Cómo han merecido constantemente la estimacion de los soberanos Pontífices y la aprobacion del Episcopado? ¿Los papas lu-

„mas dura, y van á buscar la muerte al cabo de la Asia y de la América...” El decreto del parlamento, la reprobacion de la asamblea del clero, el mismo fuego con que ignominiosamente fueron abrasadas las *provinciales*, forman en su contra un argumento mas demostrativo de la impudencia en calumniar y mentir de Pascal, que el testimonio que se acaba de alegar?

bieran favorecido á los enemigos de la Iglesia! ¿Puede suponerse que los obispos y el clero hubiesen honrado con sus votos á unos hombres que se nos representa como impíos, hipócritas y corruptores de la juventud? ¿Se creará alguno mas perspicaz que el papa y mas ortodoxo que el clero? Pues que no se quiere dar crédito al sacerdocio, suponiéndolo aparentemente cómplice de los jesuitas, esto es en efecto lo que se intenta hacer entender; se quiere tambien perder al clero en el espíritu de las naciones; destruir el último apoyo que sostiene todavía al gobierno y al altar; y bajo el pretexto de los jesuitas, al órden sacerdotal entero es á quien se designa á la hacha de los futuros proscriptores.

Se os dice: „los jesuitas predicán el *regicidio* (1).” Nosotros ya hemos demostrado lo que debe creerse en el particular; pero yo pregunto, ¿quiénes son hoy, quiénes son, repito, los que se atreven á elevar estas estrañas acusaciones? ¿No son por ventura los hombres bañados con la inocente sangre de Luis XVI, sus cómplices y apologistas, ó los partidarios revolucionarios de la anarquía? ¿No son los panegiristas de Berton, los admiradores de La-Fayette, los entusiastas de to-

(1) Entre el inmenso número de teólogos jesuitas, solo se cuentan catorce que hayan tratado de *tiranicidio*, y todos lo han hecho de conformidad con las escuelas católicas, exceptuando uno solo que fué Mariana: este sabio historiador, á quien al cabo de doscientos años se quiere constituir acusador de su órden por la faccion anti-jesuitica, que no ha cesado de presentar como trofeo un folleto apócrifo, cuyo original jamas pudo exhibirse á pesar del desafio que los jesuitas hicieron á sus adversarios desde entónces. Mas de cincuenta escritores del mismo cuerpo combatieron esta desastrosa doctrina, que no solo no fué peculiar de la Compañía, sino que por lo contrario, se prohibió espresamente por sus superiores. Hé aquí la prueba: „Se ordena en virtud de santa obediencia, bajo pena de excomunion é inhabilidad para todo oficio, de suspension á *divinis*, y otras reservadas á nuestro arbitrio, que ningun religioso de nuestra Compañía, pública ó privadamente, enseñando ó dando consejo, se atreva á afirmar ser licito á CUALQUIERA PERSONA, bajo ningun pretexto de tiranía, matar á los reyes ó príncipes ó atentar á sus personas.—Dado en Roma á 6 de julio de 1610.—CLAUDIO AQUAVIVA, „preósito general de la Compañía de Jesus.” ¿Calumniadores de los jesuitas! Si para oponeros en todas partes á su restablecimiento, abjurando la razon, solo ocurrís á los testimonios; desmentid, si podeis, el que os acabamos de manifestar en abono de su inocencia contra una de las acusaciones mas graves y repetidas por sus injustos enemigos.

dos los revolucionarios de nuestro tiempo? Se clama que los jesuitas corrompen á la juventud: mirad á los que hacen esta grosera imputacion, y vereis unos hombres que tuvieron la desgracia de no ser educados por ellos y que son unos monstruos de corrupcion; reconocereis á los mismos que difunden por todas partes, hasta en las casas de educacion, los libros mas licenciosos; visitad los establecimientos de los jesuitas y quedareis convencidos que de todos los lugares en que se educa la juventud aquí es donde las costumbres son mas aseguradas, porque cabalmente los corruptores tienen mas trabajo en penetrar. En todos tiempos los numerosos discípulos de estos religiosos se han dado á conocer generalmente por sus costumbres puras y una inviolable probidad. La mayor parte de los escritores que han inmortalizado el grande siglo eran sus discípulos; ¿hay uno solo que haya profesado los principios revolucionarios? Los jesuitas han tomado á la juventud francesa al salir de los furros de la liga, y les hemos debido las maravillas de ese siglo incomparable; mas ellos la han abandonado ácia el fin del siglo XVIII, y treinta años despues hemos visto el regicidio proclamado en toda la Francia como un articulo de fe. Si los jesuitas fueran los enemigos de las autoridades, ¿hubieran merecido la estimacion de Enrique IV, los sufragios de Richelieu y de Luis XIV, la admiracion del grande Federico (1)? Ciertamente estos hombres tenian bastante talento para conocer á los inquietos, y demasiado poder para contenerlos. Si ellos han protegido la ilustre corporacion, es una prueba evidente que no solo sus máximas no eran peligrosas, sino que ellas nada contenian que no fuese eminentemente bueno y útil.

Los jesuitas, despues de las discordias de la liga, redujeron á la Francia á los principios monárquicos que formaban su gobierno, aunque se diga que hoy pretenden y trabajan, y lo hicieron desde entónces en un sentido contrario. Los jacobinos únicamente son los que pueden acusarlos de semejanje tentativa, y teniendo necesidad de des-

(1) No puede darse testimonio mas honorífico á los jesuitas que el de este rey filósofo: „Yo no tengo motivo, escribe á Voltaire, para quejarme de Ganganelli; „él me deja mis amados jesuitas, á quienes se persigue por todas partes. Yo conservaré esta preciosa semilla para proveer á los que quicraa cultivar en sus estades una planta tan rara.“

truir el orden social para abrir la puerta á todos los ambiciosos, para reconquistar su espantoso reinado, solicitan hacerlos sospechosos á los reyes para sumir á la Europa en la anarquía. ¿Pero qué solo se intenta la destruccion de todas las monarquías? Los mismos cantones suizos no están al abrigo de estas criminales empresas. Gobiernos absolutos, gobiernos constitucionales, gobiernos republicanos, todo se quiere reformar, y por consiguiente destruirlo todo. En los sueños de su terrible delirio la faccion revolucionaria quiere establecer su pretendida libertad sobre ruinas y cadáveres; quiere comenzar por el crimen y cimentar en la sangre su poder infernal. El orden de los jesuitas, formando un antemural comun á todas las autoridades sean ó nó monárquicas, siempre ha opuesto un fuerte dique á los avances de los perturbadores. Si; las turbaciones de Colmar, de la Rochela y Saumur, las conspiraciones descubiertas en Roma, en Italia y Alemania, las repetidas revoluciones que despueblan las Américas, son el amargo fruto de las sociedades secretas: los corifeos todos pertenecen á ellas, ninguno á la Compañía de Jesus. Los filósofos de hoy como los del siglo pasado no dudan que ellos y no los Jesuitas son la causa del trastorno del universo; mas como conocen cuantos obstaculos debe traer la existencia de este cuerpo á sus complots, hacen caer sobre su inocencia los crímenes de que ellos únicamente son los reos: y si los filósofos destruyéndolos, prepararon la caída del altar y el trono, es natural que los revolucionarios invoquen una medida semejante para destruir todo orden social y religioso.

¿Mas los periódicos, se dice, no pugnan en su mayoría en contra de los jesuitas? ¿no manifiestan los peligros que corren la Iglesia y el estado con su restablecimiento? ¿no han exhibido en apoyo de su opinion el dictámen de un Ganganelli, pontífice tan moderado como prudente, las providencias de un Carlos III, monarca el mas benéfico y patriota? Los periódicos son ¿quién lo duda! el órgano de las voluntades públicas, el canal por donde se trasmite la opinion general, el lazo de union entre los pueblos y sus representantes. La prensa proscribe á los jesuitas: ¿quién se atreverá á recomendarlos? Periodistas mercenarios (1) que trabajáis sin cesar en propagar vuestras desolado-

(1) Se habla de los periódicos de Francia: ¡ojalá no se les asemejaran los de nuestra República!

ras doctrinas, decid: ¿cuál es vuestro objeto al celebrar diariamente el apoteosis de Voltaire, que mina en todos sus escritos las santas y nobles instituciones de nuestros padres; al exaltar á Juan Santiago, cuyos monstruosos errores serán siempre la eterna vergüenza de la razon; al resucitar con pomposos elogios el ateismo de Volney, la brutal filosofia de Helvecio; las declamaciones sediciosas de Reynal? ¿Osaréis decir que vuestro proyecto no es el de aniquilar el cristianismo, é introducir la licencia en las opiniones, á fin de consumir con mayor facilidad la reforma que la faccion revolucionaria trama y medita hace muchos años? ¿cuando animáis á todos estos viles folletistas, á estos calumniadores oscuros, á estos abortos de la literatura, cuyo único talento es una negra malignidad; (1) cuando desgarráis sin avergonzaros á los hombres honrados y religiosos, á los escritores juiciosos y sabios; cuando vuestros sacrílegos artículos forman el elogio de los facciosos de todos tiempos y paises; cuando prodigais el desprecio y ridiculo á todos los objetos de la pública veneracion, venis todavía á decirnos que amáis la patria y la santa religion de nuestros mayores? ¿por qué, como verdaderos camaleones, tomáis á veces entre otros colores el de la hipocresia, esperáis engañar á la nacion sobre el fin de vuestras siniestras miras? ¿Qué hombre sensato podrá hoy dia continuar siendo la burla de vuestras risibles protestas? ¿Si vosotros tributais algunas ocasiones á la religion equívocos homenages, tenéis tambien el arte de espesaros de tal manera, que ninguno puede ignorar el motivo que os los arranca? Si, para clavar mas profundamente el puñal hablais á veces con una apariencia de dulzura y de moderacion, y me atrevo á decirlo, vosotros conspirais sin cesar en la destruccion del gobierno, y vuestra conjuracion es mas evidente que la luz del sol. Con razon os oponéis con todas vuestras fuerzas al establecimiento de los jesuitas, amontonais acusaciones que no pueden convenirles, y sacais del polvo y del fango los escritos de sus enemigos, á quienes atribuis la autoridad que negais á la Iglesia. Supongamos que los jesuitas conspirasen, ellos lo harian al ménos en favor de una religion;

(1) Parece que Mr. Rosset tenia presente al estúpido escritor de las *Cuatro palabritas sobre jesuitas*, que en 1841 insulta el buen sentido y literatura de los mexicanos. Ciertas obras no merecen mas critica ni contestacion que... „*Ne utinam ad libram.*”

pero vosotros no queréis ninguna: ellos querían al menos un gobierno; mas vosotros no pretendéis sino la anarquía.

Los jesuitas son los *granaderos del papa*, así nos los ha dicho Voltaire; su compañía es la *falange macedonia*, que hacia temblar al famoso D'Alembert; su ausencia del campo de batalla ha sido necesaria para el cumplimiento de la *grande obra*. Las furibundas declamaciones del partido revolucionario demuestran hasta la evidencia los mortales temores que lo agitan á vista de los hijos de Loyola; y quitándose la máscara, la revolucion nos ha descubierto el fondo de sus negros pensamientos. (1) Para conocer si conviene y es tiempo de adoptar una institución, el gobierno no tiene que hacer sino escuchar cuales son los clamores del jacobinismo. Siempre que los revolucionarios se desenfrenen contra un cuerpo, contra una persona, contra una ins-

(1) El odio y animosidad de los enemigos de la Compañía se ha extendido hasta su santo fundador, presentando con escándalo del pueblo mexicano como objeto de burla ó irrisión á un santo que merece la veneración de todo el orbe católico, segun se expresa Paulo V en su bula de beatificación. „Por la excelencia y santidad, dice, de la vida de Ignacio de Loyola, de buena memoria, fundador de la „Compañía de Jesus, que no sin grandísimo provecho y aumento de toda la república cristiana, se ha extendido y dilatado por todo el orbe; y por el esplendor de los „milagros que el Omnipotente y misericordioso Dios se dignó obrar y continúa cada día fuera del orden comun de la naturaleza por los méritos ó intercesion de „dicho Ignacio, no solo mientras vivió en este mundo, sino despues de su dichoso „fallecimiento en el Señor, para conservar y aumentar la grandísima devoción „que los reinos y provincias de todo el universo por donde se ha extendido tienen „á Ignacio de Loyola, de buena memoria, por las innumerables gracias y beneficios que por sus merecimientos reciben de la mano de Dios....” Y cuál haya sido la santidad de este hombre tan esclarecido, lo expresa Urbano VIII, quien en la bula de canonización, entre muchas alabanzas del santo patriarca, dice como señalándole con el dedo: „Este es aquel varon á quien escogió Dios para que „fuese capitán de aquellos que habian de llevar su santísimo nombre á las gentes y á los pueblos, y habian de traer los infieles al conocimiento de la verdadera „fe y reducir los rebeldes hereges á la unidad de la Iglesia, y defender en la tierra „la autoridad del vicario de Cristo....” Aquí pregunto al editor del folleto *Verdadera idea de S. Ignacio de Loyola, ó lo que son los jesuitas, ¿es católico, ó protestante?* Si lo primero, confúndase al oír lo que la Iglesia santa ha dicho de Ignacio y de sus hijos; si lo segundo, avergüéncese de haber insultado á un pueblo religioso que lo mira con el desprecio á que se ha hecho acreedor por su impiedad y sacrílegas blasfemias.

titucion, dese prisa en emplear esta persona, favorecer este cuerpo, consolidar esta institucion, y tendrá certidumbre de haber obrado bien.

Los jesuitas logran en su favor los sufragios del papa y del clero; cuentan con el aprecio de los mayores monarcas; tienen en su abono los principios que su corporacion ha profesado constantemente; la conducta fiel que han observado invariablemente, tres siglos de gloria y de virtud; los abona la estimacion de todos los hombres de bien, libres de preocupaciones, y el odio de todos los partidarios de la revolucion; los jesuitas no son conspiradores contra ningun gobierno.

Establecidos en los estados vecinos de la Francia, ellos hacen lo que siempre han hecho: forman el espíritu y corazon de la juventud; sus establecimientos no tienen bastante estension para recibir los numerosos discípulos que les remiten de todas partes; de tal manera han triunfado de los furores de la envidia, que los mismos liberales de estas diversas comarcas anhelan por la ventaja de confiarles la educacion de sus hijos, y son los primeros en poner entre las manos de estos virtuosos maestros los objetos de sus mas caras esperanzas y tiernos afectos. Padres de sus discípulos, los jesuitas se hacen adorar. Los jóvenes que salen de sus escuelas se reconocen fácilmente; modestos, instruidos, religiosos, nada tienen de comun con esta juventud indómita, licenciosa y turbulenta, que vomitan otros establecimientos de instruccion pública. Es necesario confesarlo, me decia hace poco un famoso liberal, los jesuitas me han devuelto á mi hijo; sin ellos él se hubiera perdido sin remedio. Estos son unos encantadores, me decia otro, ya no se conoce á los jóvenes cuando vuelven á la casa paterna; ellos han cambiado su presuncion en una dulce modestia, su tono de licencia en un lenguaje de pudor y de urbanidad, su orgullo é insubordinacion en el amor del orden y la piedad filial.

Si, así es como los jesuitas saben conspirar. Ellos conspiran en efecto, pero es á formar súbditos rendidos, ciudadanos honrados, cristianos ilustrados y sinceros.

¡Hombres respetables y muy largo tiempo calumniados! ¡Cuándo rayará para vosotros el día de la justicia y de la imparcialidad! ¡Cuándo cesará de vomitar la impostura? ¡Cuándo terminará la proscripcion sobre hombres recomendables, que la república suiza protege, que los Estados-Unidos favorecen, que la suspicaz Inglaterra soporta sin alarma, y que respeta el salvaje de la América en medio de sus desiertos?

Los jesuitas conspiran, mas ellos conspiran á salvar al género humano del abismo que los partidarios de la revolucion cuban bajo nuestros piés con un delirio inconcebible; conspiran á estender el amor de la religion y el horror á la impiedad; á propagar la verdadera ciencia, á arrancar de raiz este espíritu de orgullo y de vértigo, que nos sumiria mas ó ménos pronto en una profunda barbarie; á formar nuevas generaciones para gloria de las letras y ornamento de la sociedad. ¡Oh vosotros, hombres de buena fe de todas las opiniones, que repetis los anatemas de una secta antisocial, yo os conjuro en nombre de la razon: ántes de maldecir, leed, examinad, no condenéis ligeramente! Yo tengo una consoladora certidumbre: el mas ligero exámen bastará para convenceros; os avergonzareis de servir de éco á los enemigos de la patria y de la verdadera libertad; vereis desvanccerse de un golpe vuestras ciegas prevenciones; quedareis convencidos de la inocencia de los jesuitas; convendreis conmigo, que si se conspira en Europa, si se revoluciona en América, no es en las filas de estos hombres venerables.

22 AP 69